

# MUNDO HISPANICO

## UN ENIGMA DE LA HISTORIA ARGENTINA

**R**ECIENTEMENTE ha sido publicado en Buenos Aires un libro de Julio Irazusta titulado *Tomás de Anchorena, prócer de la Revolución, la Independencia y la Federación (1784-1847)*. Como cabe esperar de su autor, este libro más que una biografía y que un libro de mera Historia es una meditación política acerca de los destinos de la Argentina, y en general de los países hispánicos. El autor, que ha estudiado en Inglaterra, sin ningún resentimiento, sin ningún servilismo ni complejo de inferioridad, se pregunta angustiadamente el porqué de la insuficiencia y del fracaso del Estado argentino surgido de la Independencia.

En efecto, si se compara la línea ascensional e incorporadora de los Estados Unidos anglosajones a partir del momento de su Independencia con las mutilaciones, a pesar de los triunfos militares, que cercenaron lo que fué Virreinato de Buenos Aires, nos damos cuenta de las posibilidades perdidas por aquella importante porción del mundo hispánico al ver estorbado y mermado lo que hubiera debido ser su natural desarrollo. Sobre muchos corazones argentinos pesa como una mutilación esta reducción de lo que pudo ser el destino impuesto al país heredero por la tradición colonial.

Irazusta estudia la figura de su héroe como la de representante de la clase de propietarios, que no llegó a ocupar el Poder, a diferencia de lo que ocurrió en los Estados Unidos, porque fué desplazada por los ideólogos, por los jóvenes progresistas de Buenos Aires, desarraigados de su país, con los ojos vueltos hacia Europa y la cabeza caliente de lecturas. El Gobierno de Rosas, cuyo ministro en ciertos momentos y consejero e inspirador fué tantas veces Anchorena, es un paréntesis entre el desbordamiento de las pasiones y de las ideas que dominó en la primera época de la Independencia y en la etapa postrosista de consolidación liberal.

Don Tomás de Anchorena, hermético y algo frío, como corres-

ponde a un hombre superior en plena época de pasiones y desbordamientos, ocupa un segundo plano en el estudio de Irazusta. Protagonista con poca biografía, siempre en un discreto segundo plano, identificado desde el primer día con la irrevocable independencia de los pueblos de América, pero sin ningún resentimiento contra la antigua metrópoli, consciente de los deberes que la jefatura imponía a la ciudad de Buenos Aires, superviviente único de 1810 y del Congreso de Tucumán, hubiera podido, según piensa Irazusta, ser un Washington del Sur. Tenía una participación en los acontecimientos decisivos de la Independencia que le faltaba a Rosas. No se sabe bien si por falta de ambición o por exceso de elegancia Anchorena prefirió quedar en segundo lugar. De su doctrina política Irazusta deduce los principios, sacándolos de dos cartas que poco antes de morir dirigió al dictador Rosas.

Estos documentos son importantísimos para fijar un punto capital en la Independencia de las provincias del Río de la Plata.

La verdad oficial y generalmente admitida es que el levantamiento del 25 de mayo de 1810, hecho a nombre del Rey Fernando y que llevaba en sí como una consecuencia inevitable la consiguiente independencia total, fué una especie de obra maestra de maquiavelismo, obedeciendo al cual sus promotores supieron encubrir sus ulteriores planes. A la luz de estos documentos puede afirmarse que la ulterior independencia total era consecuencia de las circunstancias y que no hace falta imaginar semejante doblez en todos los patricios que se pronunciaron en el Cabildo.

Una persona del sentido común, y por emplear el término consagrado en la política, del realismo, de don Tomás de Anchorena, podía sinceramente levantarse por el Rey Fernando a la vez que para garantizarse del peligro de ser arrastrado a las inciertas vicisitudes que amenazaban a España, ocupada por el invasor. Con el mismo sentido de la realidad fué Anchorena crítico certero de los planes absurdos que tuvieron curso en el Congreso de Tucumán para poner en el trono a un descendiente de los incas. Lo mismo que en el momento decisivo se resolvió Anchorena por la Independencia, fué uno de los primeros en optar por la forma republicana de gobierno.

Anchorena, fundador de la fortuna más sólida de la Argentina para muchos decenios, que pasó a la poesía como el hombre más rico del país, llevó a la política ese buen sentido que tiene siempre el que es capaz de crear, sin acudir al robo, una gran riqueza.

La muerte, no muy tardía, le libró de asistir a la caída de Rosas y al doloroso tránsito hacia la Argentina liberal y europeizada. Aquel señor, en el que pervivían tantas virtudes del viejo régimen, hubiera sufrido, dejando aparte las molestias que hubiera podido causarle la colaboración con Rosas, las consecuencias de la irrupción violenta en la política de los emigrados, de los ideólogos, que habían sido llevados, como dice Irazusta, «a la negación de las leyes eternas del patriotismo de que hablaba Lavalle, negación implícita en el pensamiento de Rivadavia. Más que materia política sus ideas eran una religión, la religión del progreso y la civilización. No la civilización de la cruz, carcomida y condenada a la disolución, sino la del capital extranjero y el progreso material en todas sus manifestaciones.»

Con estas palabras del libro *La Argentina y el Imperialismo británico*, escrito en colaboración con su hermano Rodolfo (1934), podemos definir la crisis que siguió a la caída de Rosas, y que invadido el pensamiento político de quien como Anchorena había vivido la Independencia y conservaba, sin embargo, el sentido territorial y hereditario del viejo Virreinato. En una cierta medida el régimen de Rosas representaba la actuación en el Poder de la clase de los hacendados. Un escritor tan dominado por el sentido de la crisis de nuestro tiempo como Oswald Spengler intuyó toda la fuerza reaccionaria y arraigada en el suelo de la dictadura de Rosas. La autenticidad americana estaba más cerca de aquella política que del optimismo alegre y confiado de los liberales europeizantes, de los partidarios de abrir la puerta a la emigración europea, de los que, como Sarmiento en un raptó de inspiración, podían saber que a su llamada acaso acudirían, dada la deficiente aptitud del hispano para la vida «moderna», los futuros señores de sus hijos.

En el drama de la historia hispanoamericana cabe muy bien un pesimismo de raíz racial. Pocas veces ha sido expresado en la América española este orgulloso sentido de la superioridad racista, pero a veces la arrogancia ha sido más fuerte que la discreción. He aquí un testimonio del escritor, tan interesante para comprender la Argentina de ayer, Paul Groussac: «Por cierto que nacido (Pellegrini) de madre inglesa y padre francés, representaba desde luego una magnífica combinación de las dos razas superiores» (*Los que pasaban*, pág. 285).

Esta confesión descubre lo que en el fondo han pensado tan-

tos inmigrantes, incluso cuando han llegado a tener amor a la tierra americana. Esto era lo que pensaban los liberales europeizantes, los partidarios de entregar sin reservas el suelo de su América a los inmigrantes, que traerían el progreso ansiado. En el fondo era que sentían a América poblada por una raza inferior que se había mezclado con otras razas inferiores.

Lo afirmativo del libro de Irazusta está en señalar un tipo, Anchorena, de la raza denigrada. Un personaje severo, silencioso, discreto, señorial, amante de la tradición y a la vez campeón indiscutible de la Independencia argentina. ¿Cuál hubiera sido el porvenir de América, de nuestra América, si en lugar de los ideólogos hubieran sido estos aristócratas criollos, estos Washington del Sur, los dueños del Poder? Aparte de estas razones de sangre, Irazusta cree —lo creía ya en su anterior libro— que los hacendados estaban más de acuerdo con su época que los ideólogos. Exagerando tal vez un poco, Irazusta había dicho: «Cuando ya había pasado Napoleón, Rivadavia estaba en Carlos III.» Vistos desde hoy, los Anchorena son más modernos que los Alberdi.

Estas meditaciones se desprenden del libro de Irazusta, tan revelador sobre la historia argentina.

ENVÍO.—Hace largo tiempo, amigo Irazusta, que deseaba escribirle a usted. Su libro sobre el imperialismo británico resulta hoy, si poco actual en lo aparente, profundamente vivo todavía en lo fundamental. Es verdad que la Inglaterra de 1952 no es ya la misma que la de 1933, la de los tiempos del Tratado angloargentino, contra el que usted y su hermano levantaban la voz. Pero el dilema sigue siendo el de siempre: si no quiere uno ser un cipayo, un miserable, se encontrará uno en cualquier país de estirpe hispánica con muchas puertas cerradas. Y habrá que buscar refugio en Gualeguaychú o en Salamanca. Y esperar. Asendereados, vapuleados, y lo que es peor, mal comprendidos, nos desesperamos de ver cómo lo que hemos pensado como una profunda y alegre subversión se nos convierte en amplios e inútiles tópicos, que en su repetición no sirven sino para atormentarnos.

Y entonces, mi querido amigo, nos volvemos hacia el pasado, donde nos es grato hallar figuras nobles, orgullosas, calladas y dignas como las de ese don Tomás de Anchorena que usted ha sabido acercar a nuestro sentido actual.

ANTONIO TOVAR